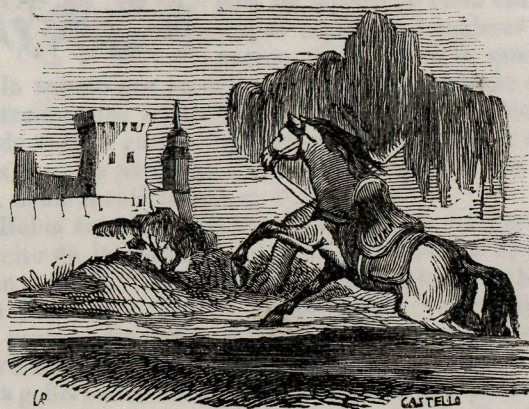


bastante apreciable para dejar de perseguir á Victor cuando se retiraba del Alberche, tampoco las desavenencias eran tales que se opusiesen decididamente á acabar de arrollar al enemigo, aprovechando su consternacion en los primeros momentos de su derrota. Aventurado fué en el caudillo británico pensar al entrar en España que le sería fácil libertar del yugo del intruso á Madrid; pero aun lo fué mas no intentarlo, cuando viéndose vencedor, merced al yerro cometido por los franceses, empeñados en dar una batalla antes que Soult terminase su movimiento, resistióse á explotar ese yerro en el único y decoroso sentido que convenia al inventor de un plan tan fuera de sazón abortado. ¿Qué hubiera sido de los invasores á obrar Wellington con celeridad, reuniendo á sus tropas las de Wilson y las que mandaba Venegas? Todo nos inclina á creer que el ejército de José habria sido lanzado á la orilla izquierda del Ebro como en la primera campaña, siguiendo en consecuencia igual suerte el resto de los imperiales. Y á ser atacado Wellington dando estos tiempo á Soult para obrar, ó habiéndose dispuesto aun sin eso las jornadas del 27 y 28 en términos de obrar grandes masas en vez de pequeñas columnas sobre la izquierda de su posicion, ¿en qué hubiera parado tambien la victoria de Talavera? Pero esta pregunta es inútil: el resultado en semejante caso nunca hubiera sido peor que el que tuvo en definitiva. Triunfos que no producen frutos equivalen á verdaderas derrotas: ¿qué diremos, pues, del que nos ocupa, cuando tan amargos los dió?



José María de S...

de 1,100 reclutas, y en ella...

rosa resistencia, que al ver el...

niños, hubo de desistir de su empresa...

El duque del Parque...

Guinaldo, en la provincia de Salamanca, con 40,000...

trasladándose luego á Tomp...

tenia allí el duque consigo sino la milia de su...

mera y segunda mandada por don Francisco Javier...

vecer, y la vanguardia á las órdenes del mariscal don...

también por consiguiente la tercera división que acudida por Ballesteros había quedado en Asturias y tierra de Santander, y la cuarta que á las órdenes del general don Juan José García ocupaba los puertos de Manzanares y Luembachos. Marchand, que le vio escaso de fuerzas, aumentó las suyas hasta otros 10,000 hombres y 1,200 caballos, y con ellos y con 14 piezas de artillería fué al encuentro del duque en Tamames. Situada esta villa en la falda septentrional de una sierra que se eleva hasta Belver y comunica con la de Piedrahíta, habiéndole elegido el espacio como punto á propósito.

CAPITULO XXVI.

El resultado de los diferentes combates que habían tenido lugar en España en julio y principios de agosto de 1809 entre los franceses y las tropas españolas é inglesas movidas en combinación, hizo que en lo que restaba del último, lo mismo que en el de setiembre, no hubiese en la Península acontecimientos notables entre unos y otros ejércitos, no manifestando vida la guerra durante ese tiempo sino en el rebullir de las partidas y en las parciales y continuas acciones que con ellas tenían lugar, como manifestaremos despues.

Inacción durante dos meses.—El duque del Parque mandando el ejército de la izquierda: memorable defensa de Astorga.—Batalla de Tamames.—Entra el duque del Parque en Salamanca.—Nuevo plan de reconquista de Madrid ideado por la Junta Central.—Brillante estado del ejército de la Mancha: su dirección confiada á Eguía: es este destituido del mando y le sucede Areizaga.—Llega este á Ocaña con su ejército.—Malas disposiciones de Areizaga: crece el número de sus enemigos y resuélvese él á esperarlos en Ocaña.—Movimientos del enemigo sobre esta población.—Desastrosa batalla de Ocaña.—Combate de Medina del Campo.—Batalla de Alva de Tormes: dispersion del ejército de la izquierda.—Salamanca ocupada por los franceses.—Paz entre la Francia y el Austria: consternación general.



El resultado de los diferentes combates que habían tenido lugar en España en julio y principios de agosto de 1809 entre los franceses y las tropas españolas é inglesas movidas en combinación, hizo que en lo que restaba del último,

lo mismo que en el de setiembre, no hubiese en la Península acontecimientos notables entre unos y otros ejércitos, no manifestando vida la guerra durante ese tiempo sino en el rebullir de las partidas y en las parciales y continuas acciones que con ellas tenían lugar, como manifestaremos despues.

Habia sucedido á la Romana el duque del Parque en el mando del ejército de la izquierda, y á Ney, ausente en Francia, el general Marchand en el del 6.º cuerpo francés. La atención de los enemigos que ocupaban á Salamanca fijábase entonces toda en el duque, único que por aquella parte podía darles que hacer. Mientras se preparaban á embestirle, acercóse Carrier á Astorga el 9 de octubre y se lisonjeó de tomarla; pero era gobernador de aquella plaza (si es que plaza puede llamarse) don José Maria de Santocildes, y este reunió su mal armada guarnición compuesta de 1,100 reclutas, y con ella y con el entusiasmado paisanage mostró tan vigorosa resistencia, que al ver el enemigo lidiar en su contra hasta las mugeres y niños, hubo de desistir de su empresa, retirándose con pérdida considerable.

El duque del Parque entretanto habia á fines de setiembre subido hasta Fuente Guinaldo, en la provincia de Salamanca, con 10,000 infantes y 1,800 caballos, trasladándose luego á Tamames despues de varias marchas y contramarchas. No tenia allí el duque consigo sino la mitad de su ejército, ó sea las divisiones primera y segunda mandadas por don Francisco Javier Losada y el conde de Belveder, y la vanguardia á las órdenes del bizarrísimo don Martin de la Carrera, fal-

tándole por consiguiente la tercera division que acaudillada por Ballesteros habia quedado en Asturias y tierra de Santander, y la cuarta que á las órdenes del general don Juan José García ocupaba los puertos de Manzanal y Fuencebadon. Marchand, que le vió escaso de fuerzas, aumentó las suyas hasta otros 10,000 peones y 1,200 caballos, y con ellos y con 14 piezas de artilleria fué al encuentro del duque en Tamames. Situada esta villa en la falda septentrional de una sierra que se estiende hasta Bejar y comunica con la de Piedrahita, habiala elegido el español como punto á propósito para escarmentar al francés que se preparaba á embestirle. La refriega tuvo lugar el dia 18 de octubre, y Marchand, que vió en nuestra izquierda un acceso mucho mas fácil que en el centro y en la derecha, dirigió su principal conato á derrotarnos en aquel extremo, donde estaba con la vanguardia sostenida por la caballeria el valiente D. Martin de la Carrera. Sostúvose este con el brio que le caracterizaba; pero aquella firme actitud no pudo ser á tiempo secundada por el grueso de nuestros ginetes, de los cuales fué acometida una parte de la caballeria enemiga, cuando estaban á medio maniobrar á fin de mejorar de posicion. Hubo con este motivo notable confusion en los nuestros, y Carrera se vió comprometido y en situacion la mas apurada, rodeado por todas partes, aunque siempre con el mismo valor. Los franceses auguraban ya el triunfo, creyendo agotar en breve las fuerzas de aquel héroe; pero sobreviniendo el duque, y con él su segundo don Gabriel Mendizabal, restableció oportunamente el orden, y cargando sobre los franceses, empezó á declararse en su contra el éxito de la batalla. Entonces avanzando Belveder con un trozo de su division (la cual habia quedado como de reserva) y haciendo lo mismo el principe de Anglona con otro de caballeria, acabaron de decidir la pelea en favor de la causa nacional. Retiráronse, pues, los enemigos que habian atacado nuestra izquierda, y entretanto por el opuesto lado replegábanse tambien sus compañeros, rechazados en el centro y la derecha por los bravos de la primera division á las órdenes de Losada. El resultado fué perder los franceses de 1,500 á 2,000 hombres, un águila, un cañon, varios carros de municiones, fusiles y otros efectos. Nuestra pérdida ascendió á 120 muertos, 470 heridos y contusos y 122 estraviados.



BATALLA DE TAMAMES.

Marchand se retiró á Salamanca, no sin sufrir durante algun tiempo una persecucion bastante activa de parte de los españoles, saliendo de aquella ciudad á los cinco dias, tanto por no llegarle los refuerzos que esperaba de Kellermann, situado en Valladolid, como por el temor que le inspiraba la actitud del duque del Parque, que reforzado con 8,000 hombres de la division de Ballesteros (recien venido de la Liébana, donde habia rehecho su gente despues de la abortada tentativa de Santander), se disponia á espulsarle de alli. Abandonada Salamanca por el enemigo, entró el duque en aquella capital el 25 de octubre, en medio de las aclamaciones de sus entusiasmados vecinos; pero la alegría que no solo en aquella poblacion, sino en todo el resto de España, escitó la señalada victoria del ejército de la izquierda, y la esperanza que de ulteriores progresos hizo concebir despues de libertada Salamanca, quedaron aguadas muy pronto con el desgraciado suceso que tuvo tristemente lugar en el centro de la Peninsula, del cual vamos ahora á ocuparnos.

Hemos visto en el capitulo anterior el mal éxito del plan concebido por Wellington para reconquistar á Madrid, y las causas que influyeron en su aborto. Un mal entendido sentimiento de nacionalismo hizo que la Junta Central idease otro plan á su modo á fin de conseguir el mismo objeto, valiéndose al efecto de un ejército todo español, sin el concurso de nuestros aliados. Estos, como se ha dicho, estaban en la raya de Portugal, y no daban la mas pequeña muestra de querer moverse de alli. Adoptada por Wellington esta determinacion irrevocable, y no pudiéndose contar con él para la nueva campaña que iba á abrirse, fijó la Central su atencion en nuestro ejército de la Mancha, rehecho y reorganizado despues de la derrota y dispersion sufridas en Almonacid, disponiendo juntamente que Eguía dejase en Estremadura 12,000 hombres, y que con el resto del ejército de esta provincia pasase á incorporarse al de la Mancha, tomando la direccion en jefe de todas las fuerzas reunidas. Con los 12,000 hombres espresados, con la presencia del Parque en tierra de Salamanca, y con la permanencia de los ingleses en la raya de Portugal, quedaba perfectamente al abrigo de todo golpe de mano no tan solo la Estremadura, sino toda la parte occidental del territorio español, y el ejército de la Mancha en el brillante estado que tenia y con el aumento de fuerzas que Eguía le iba á llevar, podia dedicarse desembarazadamente á marchar via recta á Madrid. Tal fué el modo de discurrir de la Junta, sin tener apenas en cuenta una sola de las dificultades que se oponian á la realizacion de su aventurado proyecto. Vanamente Wellington pasando á Sevilla cuando todavia era tiempo de caer en la cuenta del error, manifestó los inconvenientes, el casi seguro mal éxito que debia coronar tal empresa: la Junta no hizo caso de sus observaciones, y acaso las miró con prevencion por la circunstancia de hacerlas quien habiendo salido tan mal de su campaña de Talavera, podia ser tenido como interesado hasta cierto punto en que los ejércitos españoles no adquiriesen por sí solos un laureo que él no habia querido ó podido ceñirse en aquellos dias, habiéndoselo prometido tan seguro como en su lugar hemos visto.

Trasladado Eguía á la Mancha en los últimos dias de setiembre, reunió entre sus tropas y las de aquel distrito el ejército mas brillante que hasta entonces habíamos tenido, ascendiendo sus combatientes á muy cerca de 52,000 hombres, de ellos 5,766 ginetes, gente toda perfectamente equipada y armada, provista de todo linaje de pertrechos de guerra, abundante en infinitos recursos y con 55 piezas de artillería. Veterana la menor parte, era la mayoría de aquel ejército un conjunto de bien dispuestos reclutas, fogueados casi todos ellos, y un general dotado de las prendas que el génio de la guerra dispensa á los mas de los gefes imperiales, hubiera podido sacar de aquellos hombres el mas ventajoso partido. La Junta desgraciadamente no supo elegir para el mando uno de aquellos pocos caudillos que podian rivalizar en España con los que abortaba el imperio; falta de todo punto irreparable, cuando de dar batallas se trataba. Eguía no era hombre para el caso. Su retroceso desde Daimiel á Sierra-Morena cuando vió al enemigo avanzar, pareció

á la Central poco acorde con lo que de su pericia esperaba, atendidas las pomposas promesas que al moverse acababa de hacer, y enojado demas de eso el gobierno con la peticion de recursos que desde la Sierra le hizo, siendo asi que nada faltaba al ejército que tenia á sus órdenes, procedió á separarle del mando, eligiendo para remplazarle un general mas nulo todavía, hombre de valor personal, coronel pocos dias antes, que habiendo mostrado su arrojo mandando una division á las órdenes de Blake en las batallas de Belchite y Alcañiz, hizo creer á algunos ser lo mismo mandar una fraccion de ejército que abarcar el complicado conjunto de muchas y distintas fracciones. La diferencia de uno y otro caso es no obstante demasiado palpable, pero la junta la desatendió, y al dar á D. Juan Carlos de Areizaga el mando de 50,000 hombres, no calculó bastante la bien organizada cabeza que para desempeñarlo con fruto se requeria y necesitaba.

Como quiera que sea, Areizaga recibió su investidura, y creyéndose capaz de medirse con las notabilidades guerreras que podia oponerle el enemigo partió de la Carolina con su ejército el dia 3 de noviembre. Iban los nuestros divididos en dos grandes trozos, uno camino de Manzanares y otro via de Valdepeñas, siendo al todo siete divisiones las que estaban en movimiento. Abria la marcha como de descubierta el general Freire con 2,000 caballos, y tras él la vanguardia al mando de Zayas, escudado por la primera division que acaudillaba Lacy. A la aproximacion de nuestras tropas replegaronse las francesas que estaban avanzadas, habiendo sido en vano que una parte de la caballeria enemiga intentase el dia 8 oponerse en una cuesta al paso de los españoles, pues cargada con impetuosidad por la caballeria de Freire, fué arrollada y perseguida por esta hasta la misma villa de Ocaña, donde se hallaba el grueso de las tropas imperiales. El 9 entró Areizaga en Tembleque, y desde allí envió un refuerzo á Freire, el cual volvió de nuevo sobre Ocaña, y cargó á 2,000 caballos enemigos, obligándolos á meterse en la poblacion sin otro resultado por entonces, pues aunque llegaron en apoyo de Freire los valientes de Lacy y de Zayas, no se decidió la acometida de la poblacion, por hallarse muy fatigada la tropa que traia el postrero. Con esto se perdió la ocasion de destrozar á los enemigos inferiores en fuerza á los nuestros, y aprovechando ellos la demora, evacuaron á Ocaña por la noche y se retiraron á Aranjuez. Areizaga al dia siguiente reunió todo su ejército en la espresada poblacion de Ocaña.

Era entonces de esperar que el caudillo español siguiese avanzando, puesto que ahuyentados los enemigos y hallándose dispersas sus fuerzas, no habia de serles posible oponer resistencia formal, si obrando aquel con la celeridad conveniente, les impedia reunir sus cuerpos en términos de formar una masa compacta y á propósito para detenerle y aun para medirse con él. Areizaga desgraciadamente no comprendió que el éxito del plan consistia principalmente en no dejar respirar á sus contrarios, y perdió el tiempo miserablemente ordenando por espacio de una semana movimientos parciales y de flanco, cuyo resultado fué nulo para nuestras armas y muy provechoso para los franceses, dado que estos pudieron reunirse en el número que necesitaban para hacerse respetar y temer, cuando antes no podian ni aun soñar en medirse con nuestros valientes. El dia 19 de noviembre hubo cerca del pueblo de Ontigola, despues de algun otro encuentro insignificante, un choque de caballeria en que fué rechazada la nuestra, perdiendo los franceses al general Paris, muerto á manos del cabo Manzano. Don Angel Saavedra, hoy duque de Rivas, fué entre los nuestros herido de gravedad, y quedó tendido en el campo y abandonado por muerto. Areizaga con sus malas disposiciones habia hecho que las cosas tomasen un aspecto muy distinto del que presentaban pocos dias antes, y viendo á los franceses reunidos, retrocedió por último á Ocaña, donde resolvió defenderse.

Habia sucedido Soult á Jourdan en las funciones de mayor general de los franceses en España, y sabedor de la marcha de los nuestros habia aconsejado á José las medidas mas á propósito para evitar el riesgo en que se via. El

cuerpo del general Sebastiani no era bastante á mas que entretener, y esto por poquisimo tiempo, la marcha de nuestros soldados; y si la vanguardia española hubiera dado tiempo al grueso del ejército para sostenerla, habrian aquellos podido guarnecer las orillas del Tajo, haciendo muy difícil á los franceses la conservacion de los puentes que guardaban en Aranjuez, no concibiéndose como Areizaga no desplegó todos sus esfuerzos en lanzar la vanguardia francesa sobre la izquierda de dicho rio. Como quiera que sea, no debiendo suponer Soult que sus enemigos hubieran de dejarle libre aquella entrada, ordenó á Victor que con el primer cuerpo avanzase en direccion de Aranjuez, y á Mortier que reforzase con el suyo, lo mismo que Dessolles con su division, las tropas de Sebastiani. Estos últimos estaban reunidos, componiendo sus tropas mas de 23,000 infantes y 6,000 caballos, contando la guardia de José. Victor no estaba aun con ellos, pero se dirigia á toda prisa á pasar el Tajo y á caer sobre la derecha de los nuestros con arreglo á otra orden de Soult, y contando como contaba 14,000 combatientes, venia á resultar en el campo enemigo un total de 48,000 hombres, número casi igual á los nuestros, y superior con mucho en disciplina. Tanto habia dejado Areizaga crecer las cohortes contrarias, compuestas, cuando llegó á Ocaña por primera vez, de solos 20,000 hombres.

Está situada Ocaña en una vasta llanura enteramente descubierta; pero hállanse en ella á alguna distancia de la poblacion una porcion de olivares, lo suficiente claros para poder en ellos maniobrar, y bastante espesos á la vez para favorecer los movimientos que interese ocultar al enemigo. Nuestro ejército formado en batalla presentaba al francés varias líneas en aquella estension de terreno, teniendo su derecha y centro en la direccion de Noblejas á Ocaña, mientras prolongaba su izquierda mas allá de esta última villa. Su posicion estaba defendida por el frente por una torrentera que partiendo de Ocaña estendiase hasta muy cerca del extremo derecho, separando la poblacion de una meseta ocupada por la vanguardia enemiga. Dicha torrentera, profundamente encajonada en el camino de Ocaña á Aranjuez, es menos pronunciada hácia la parte oriental del camino, haciéndose el terreno poco á poco algo mas igual y compacto. Deseaba Soult dar á Victor, distante todavía cinco leguas del sitio en que iba á librarse la accion, el tiempo que necesitase para acabar su movimiento; pero el 18 por la mañana atacaron los nuestros á la division de Leval en la meseta de que hemos hecho mencion, y fué ya preciso con esto empezar desde luego el combate. Los franceses rechazaron sin dificultad á los españoles en las primeras escaramuzas, y pusieron en presencia de nuestra línea, la cual se desplegó en la posicion que arriba acabamos de indicar. Puestos los batallones de Leval á tiro de las piezas de campaña que teniamos á nuestro frente, viéronse en la alternativa de avanzar para tomarnos esa artillería, ó de retirarse precipitadamente á fin de ponerse al abrigo de sus disparos. Lo mas indicado al principio era pensar en retroceder, dando con esto tiempo á que Victor viniese á tomar parte en la accion; mas la tropa enemiga deseaba venir lo mas pronto á las manos, cual si las animase el presentimiento de que las disposiciones de Areizaga habian de hacer completamente inútil la superioridad de nuestras fuerzas, y que habia de serles no difícil ponerlas en completa derrota.

Empeñada en los términos dichos la primera brigada de Leval, continuó avanzando hácia los nuestros, si bien con muchísima pérdida, dejándola caminar delante los mariscales Soult y Mortier, que arrastrados por aquel movimiento no pudieron hacer otra cosa que apoyarlo cuanto de ellos pendiese. El general Senarmon', con la artillería del primer cuerpo, recibió igualmente la orden de avanzar para ametrallar la línea española, y el resto de la infantería francesa movióse de un cabo á otro á fin de sostener la brigada que en empeño tal se ponía. Los nuestros sostuvieron un buen rato, contestando con un fuego vivísimo, y luego retrocedieron en línea, verificándolo ordenadamente. Nada hasta entonces indicaba á los imperiales resultado ninguno de aquellos que merecen la pena de contarse. La caballe-

ria de Sebastiani ocupaba la ala izquierda enemiga, y hallábase á mucha distancia, mientras colocada la nuestra detras de Ocaña no hacia movimiento ninguno. La línea de los infantes franceses siguió paralelamente á la nuestra, limitándose á lanzarla del pueblo sin tratar de desbaratarla, mas bien pronto ganaron terreno sobre la izquierda la caballeria de Sebastiani y la de la guardia real, y acometieron á nuestros peones en el campo plantado de olivos de que hemos hecho mencion, donde tan fácil nos era contener los progresos del enemigo. Viéndose nuestros batallones rodeados y acometidos, formaron cuadros para sostenerse, pero aquel recurso fué vano, y tardaron muy poco tiempo en perder su actitud y dispersarse, acuchillándolos la caballeria del general Merlin, y haciendo rendir la armas á cerca de 5,000 hombres. Igualmente fué cargada por la brigada de Milhaud otra de nuestras columnas cuando se retiraba á toda priesa, y prisionera en su mayor parte, perdió toda su artillería. Y asi fueron perseguidos los nuestros hasta la Guardia, cojiéndonos la caballeria francesa nuevo número de prisioneros á cada paso que daba, bastando para formar una idea de aquella espantosa catástrofe decir que tuvimos sobre 5,000 muertos y 15,000 prisioneros por la parte mas corta, además de treinta banderas, y de los carros, municiones y viveres que cayeron en poder del francés, y cincuenta cañones perdidos.

La division de Latour-Marbourg fué la única del cuerpo de Victor que llegó al campo de batalla cuando estaba terminando la accion, tomando parte en esta atacando la derecha de los españoles. De este modo á la mengua del vencimiento, añadimos la de ser derrotados por contrarios inferiores en número, y si bien superiores en disciplina, en posicion mas desventajosa. ¿Cómo así? dirán los lectores: ¿hubo cobardía en las tropas, ó faltaron hombres allí, capaces de alentar su valor? No, no faltaban hombres donde estaban un Zayas, un Giron, un Villacampo, y otros ciento, y entre ellos un Lacy, que hicieron mil prodigios de valor, con particularidad este último, que avanzando herido hácia Leval, y llevando en su mano para alentar á los suyos la bandera del regimiento de Burgos, les señaló el camino de la gloria rompiendo por las huestes francesas apoderándose de una bateria. ¿Mas qué es en batallas campales el esfuerzo individual por si solo, si falta el que dirige en conjunto, si carece el ejército de guia, si este no tiene un general en gefe, ó lo tiene para su mal, como en Ocaña se verificó? Areizaga subido al campanario de aquel pueblo de triste renombre, permaneció como arrobado allí, sin dar apenas mas señal de vida que el movimiento de su mano derecha flechando el anteojo hácia el campo, sin dejar el tal punto en todo el tiempo que duró aquella infausta jornada, sin ordenar convenientemente el sitio de las divisiones, sin contribuir á otra cosa que á aumentar mas y mas la confusion, dando á Zayas la voz de atacar y mandándole luego estarse quieto, cuando mas se comprometía con su inaccion el éxito de la batalla. Y á tal extremo llegó el aturdimiento de nuestro caudillo, que ni punto de reunion señaló, ni dió providencia ninguna para verificar la retirada. El bajó de su campanario cuando estaban los franceses próximos á entrar en el pueblo (que fué entregado á las llamas) y siguió su camino á Daimiel. Los nuestros en completa dispersion adoptaron el partido de huir por donde mejor les pareció, y últimamente al cabo de dos meses reuniéronse como unos 25,000 de 52,000 que eran antes, al pié de Sierra Morena.

Tal fué el éxito de aquella batalla, merced á la impericia del general y á las desatentadas disposiciones adoptadas por el gobierno. Desde entonces quedó la Andalucía abierta enteramente al enemigo, y si este no intentó desde luego forzar los desfiladeros de la Sierra, debióse únicamente á la actitud del duque del Parque, á quien necesitaba vencer antes de derramar sus falanges por los jardines del mediodía.

Despues de su victoria en Tamames, y al bajar Areizaga á la Mancha, quiso el duque del Parque cooperar á la campaña que se inauguraba, y á fin de distraer al enemigo, salió de la ciudad de Salamanca, y avanzando por la parte de Castilla, dirijióse hácia Alba de Tormes, ocupado por 5,000 franceses, los que no se atrevieron



ALVAREZ.

